

Editorial

En la historia de las ideologías el concepto de Occidente parece un viejo camaleón: desde un mito de origen, lugar donde se oculta el sol, línea divisoria entre cielo y tierra, se transformó en una geografía precisa, en territorio y ámbito político-económico cuyo poder y expansión se validan (según la época) por su asociación cristiana, por la razón universal ó los supuestos de democracia y libertad burguesas. Frente a Occidente, la diferencia de Oriente, de lo "otro" ó los "otros", se mide en términos de ese referente propio y dualista cuya realidad se concreta totalitaria, aplastadora de lo diferente, sojuzgadora en lo cultural, en lo social y lo político, negando un valor, una identidad y una historia propias a lo ajeno.

Así la historia mundial reciente ha sido testigo de la expansión occidental y cómo ésta erradicó ó subyugó a la diversidad de los pueblos y sus expresiones culturales. En un espectáculo histórico inaudito, Occidente logró borrar siglos de multiplicidad, la que en algunos casos, como por ejemplo el australiano, suponía hasta 50 000 años de tradición. La relación de poder subyacente a este proceso no sólo no se resume sino que rebasa ampliamente a la imposición económica; se manifiesta en la re-creación de la historia de la humanidad entera. Occidente no sólo crea una disciplina, la antropológica, mediante la cual lo "otro" se convierte en objeto especial de estudio y de exhibición museográfica, sino que también comienza a re-inventar su propio pasado y el de los otros. El etnocentrismo estatal lo mismo permea a la ideología que concibe a la Grecia y Roma antiguas como fuentes de los ideales democráticos modernos como aparece también en la falsificación histórica referente al proceso colonial. Niños

melanesios aprendiendo: "Nuestros antepasados, los galos. . ."; niños australianos que leen que la colonia era un "encuentro" con el aborigen. . . los ejemplos pueden multiplicarse.

En mucho a la colonización ideológica subyace la gran obsesión moderna de Occidente: la "economía". Esta permea tanto a las teorías religiosas con su repudio por el ocio, conceptos filosóficos como el de la "economía de la razón" de Kant, las de la libido freudiana y aún algunas tesis de la crítica a la economía política, como la de Engels quien convierte al trabajo en *el* hacedor de la especie *homo sapiens*. El evolucionismo occidental no sólo "funciona" como justificación etnocentrista, sino edifica mitos históricos, reduciendo más del 80 por ciento de la historia humana (cazadora-recolectora) al estatuto de sociedades "estáticas", "primitivas", "prehistóricas", "salvajes". Occidente impuso tan eficazmente este juicio que el eurocentrismo ya no es una simple imposición sino que se ha vuelto forma cotidiana de vida y de visión del mundo. La universalidad de la mercancía, presente en todas partes, sólo señala una pequeña porción de las fuerzas desatadas por Occidente. En el peor de los casos, la violencia, el genocidio, la mistificación histórica y la mercantilización de las relaciones sociales a escala mundial convierten a lo radicalmente diferente en simple nostalgia ante un pasado irrecuperable. En el mejor de los casos pervive la utopía subversiva de lo "otro" como elemento integrante tanto de la reflexión crítica de algunas corrientes del pensamiento occidental como en luchas de liberación de pueblos y minorías étnicas sojuzgadas.

Cabe pues reflexionar sobre aquella otra historia, aquella otra racionalidad, rebasando el conocimiento de estos procesos referidos a nuestro país y ampliar la mirada, tanto en la enseñanza como en el conocimiento antropológico general, para captar parte de estas otras historias aparentemente tan lejanas de la realidad nacional. Fueron estas preocupaciones las que animaron la organización de un ciclo de conferencias, "Occidente y lo Otro", realizado entre mayo y julio de 1987 en el Museo Nacional de las Culturas; los trabajos de Montero, Tejera, Krafft y Rutsch fueron preparados en el marco de este ciclo. Con la publicación de este número, *Nueva Antropología* ha hecho suyo este esfuerzo de análisis, ampliando y diversificando las perspectivas y los momentos históricos referentes a este tema.

Así, el ensayo de Jorge Benavides pretende algunas reflexiones filosóficas en torno al concepto de Occidente, desde la antigüedad hasta la concepción moderna que culmina en Hegel y la crítica nietzscheana,

resaltando la obsesiva búsqueda occidental por una unidad ficticia. En el pensamiento y en la acción esta unidad ficticia no logra aprehender y desprecia la diversidad conceptual y cultural. Esteban Krotz vincula los orígenes de la antropología como disciplina científica a los viajeros clásicos y la separación inicial entre éstos y los analistas etnógrafos. Examina la importancia del viaje en el contexto epistemológico e histórico de la producción de conocimientos. En este sentido resalta que el viaje antropológico ofrece la posibilidad del asombro ante lo ajeno como utopía subversiva contra la reversión del conocimiento en ciencia totalitaria y realidad de poder. En consecuencia y con referencia al ámbito nacional, concluye abogando por la superación del viaje antropológico "en un sólo país".

Pablo Montero plantea la vigencia de la dualidad maniquea "Occidente-Oriente" con su función ideológica y política. Enseguida centra su análisis en uno de los momentos y espejismos históricos el que implica dicha dualidad conceptual: el contacto entre el Islam y el cristianismo y cómo se refleja éste en la literatura medieval. El ensayo de José-Luis Krafft describe el caso del traslado de uno de los mitos occidentales, las Amazonas, a la conquista de América del Sur; aquí parece confirmarse una de las tesis de Krotz, esto es, "la diferencia convertida en material de comprobación de lo previamente establecido", pues el mito amazónico, firmemente establecido en la mente de los conquistadores de la selva tropical, recupera para ellos el equilibrio perdido ante lo desconocido.

Analizando el proceso de colonización en el continente africano, Héctor Tejera rastrea sus implicaciones en el caso del Africa del Sur y Occidental. Sostiene que la lentitud de la colonización del continente, desde principios hasta finales del siglo pasado, se originó en dos procesos; por una parte, se debe a las fuertes resistencias de las étnias afectadas, y, por otra, que el conjunto de la colonización del área más que a la clásica concepción del imperialismo como expansión de capital financiero e industrial, correspondía a las políticas perseguidas, sobre todo la de Bismarck.

Finalmente, el trabajo de Rutsch pretende ofrecer un panorama sintético de algunas características del proceso de expansión Occidental en Oceanía. Haciendo un recuento histórico de algunos procesos y de su impacto sobre las étnias del área, concluye con una breve referencia al estado actual de algunas minorías étnicas, en especial, la australiana y en vista de la celebración bicentenario de la colonización de este continente.